

ESCRIBIR CON LA COMPUTADORA

Por Omar Calabrese

Con frecuencia me topo con alguien —periodista, funcionario cultural, empleado en alguna Secretaría— quien me pregunta qué es lo que ha cambiado desde que uso la computadora para escribir, tomar apuntes, jugar o memorizar datos. Invariablemente quedo perplejo. Una de dos: o el fulano no sabe nada en absoluto de calculadoras electrónicas ni de lo que está hablando, o, en cambio, tiene un ordenador mucho antes que yo y podría, por lo tanto, ahorrarme preguntas que él mismo puede responder y sobre las cuales nada inteligente tengo que decir, ni siquiera algo normal. Pero ustedes saben cómo andan las cosas, ¿no? El incompetente pregunta, por ejemplo: "A este paso ¿dónde va a quedar la creatividad?" o bien: "¿La inteligencia artificial amenaza la Libertad del Hombre?" Por regla general, el primero es un setentero y el segundo es un militante de Comunión y Liberación. El sabihondo, por su parte, abruma con preguntas de este tipo: "Según usted, ¿qué sucederá cuando dispongamos de un *framework* enlazado a un videodisco que sea capaz de analizar digitalmente las fotografías?" Ambos son imbéciles. Repiten más o menos las cuestiones planteadas desde los tiempos de nuestros antepasados luego de inventar el automóvil y la radio.

En efecto, digo de inmediato que para mí la computadora es como el automóvil. Es un instrumento. Es un objeto más moderno respecto de la máquina de escribir, del pizarrón magnético y del fichero de cartón; además los unifica a todos. El automóvil también tenía la misma función respecto de la bicicleta, del tranvía y del carrito para el equipaje. Es más veloz y más cómodo; reúne muchas cualidades de toda una serie de objetos. Después de lo anterior, en realidad no puedo añadir nada. También porque, francamente, hace apenas dos años que empleo la computadora. De entre todos mis amigos y colegas de Bolonia, por ejemplo, creo que fui el último en hacerlo y el más renuente.

Quizá por esnobismo. Quizá porque hay una cosa que odio en la gente, la de ponerse a hablar en la nueva jerga un día después de adquirir las primeras nociones y echárselas de ingenieros electrónicos cuando con trabajo logran escribir dos líneas seguidas sin cometer errores. Quiero asentar que sólo sé hacer esto, a pesar de tener a mi disposición los programas más sofisticados y los juegos más atrevidos. *Solamente sé escribir bien los textos.* Y pienso que tampoco es una bagatela.

Volvamos entonces al imbécil que pide mi parecer sobre cosas que ni él ni yo sabemos. ¿El verdadero problema no es más bien *qué es lo que no cambia* al tener una computadora? Estoy cansado de los discursos sobre "la vida revolucionada" de la maravillosa máquina. No es cierto. O mejor dicho, es cierto, pero en la misma medida en que revoluciona la vida una licuadora, la máquina para hacer pasta, el televisor plano o la secretaria telefónica. Simplifican la vida. Proporcionan comodidad. Digamos la verdad: ¿qué hace alguien como yo, alguien que escribe, con una computadora? Escribe mejor. Fin de la película. Y, lo repito, no es poca cosa.

Y volvamos a la pregunta: ¿qué es lo que *no* cambia al poseer una computadora? Por jugar un poco, permítanme detenerme en el asunto por un momento. Ya dije que, en verdad, la escritura no sufre grandes cambios. Entiendo la tesis de quienes aseguran que antes del ordenador no lograban escribir y que después sí. Pero esto no es un "mérito" de la máquina. La máquina permite resolver un problema de esos señores, que podía ser psicológico —*horror scripti*, hipercorrección— o técnico— ignorancia, falta de costumbre. En resumidas cuentas: en ese caso la computadora vale no porque esté dotada sino porque sirve de sustituto. Y cuesta incluso menos que un psicoanalista o un amanuense. Pero consideremos el caso de un señor normal, de



uno que escribía directamente en la máquina de escribir sin demasiados tropiezos mentales. Pues bien, éste trabaja exactamente como antes, sólo que un poco más rápido porque las ocasionales correcciones no obligan a la reescritura de la página. Pero pensándolo bien ¿es realmente cierto? Yo no reescribía la página al corregir. La ensuciaba un poco. Por lo tanto, la eventual diferencia no estriba en la ganancia de tiempo, porque ahora lo pierdo al corregir y hasta corrijo por el gusto de jugar con las correcciones. La diferencia es estética. Ahora se estila "quedar bien" entregando una página decentita, sin ortogramas equivocados, respetando el margen izquierdo, con el número de golpes exactamente calculado y archivada sin necesidad de conservar tanto papel inútil. Pero entonces esto quiere decir que este *surplus* estético (de una estética del dactilógrafo) determina la compra del ordenador. Adquirimos la cara de papel de los que tienen secretarías.

También cuenta la comodidad, desde luego. Debo admitir que es muy placentero el silencioso funcionamiento de la computadora; que me encanta la idea de poder teclear de noche sin que mi vecina pueda protestar —aunque me gustaría que sucediera; que puedo encontrar este mismo escrito sin necesidad de buscarlo en legajos de papel mohoso y amarillento en cajones y desvanes. Me gustan todas estas ventajas. Pero confieso que en un caso como el mío el papel permanece. La computadora nunca quitará ese sutil placer que experimentamos —como ya lo había notado Lotman— cuando vemos el mecanoscrito impreso. Un placer que se obtiene al recoger en un álbum y en fascículos lo que uno escribe.

Hay otra cosa que no cambia, aún más marginal. Se trata del juego solitario. No sé ustedes, pero muy a menudo me gusta hacer cosas solipsistas, como jugar al ajedrez o algún otro ejercicio mental estando a solas. También en este caso la computadora favorece la situación. Psicológicamente, uno sabe que está solo, pero se realiza el gran experimento mental del desdoblamiento de sí mismo. Se ilusiona uno con ser otro, pero listo, dotado y capaz (o todo lo contrario), como uno. La computadora lo hace mejor. Es nuestro esquizoide perfecto. Muy divertido, sobre todo cuando nos permite jugar al *flipper* o al *videogame* sin tener que meterse a las salas llenas de muchachitos, cosa que, a una cierta edad, resulta desagradable y humillante —el muchachito es perceptivamente más ágil, admitámoslo, y nos hace quedar mal.

La tercera cosa es el asombro. Ahora —y por algún tiempo todavía— los amigos se impresionan cuando les muestro la computadora y sus capacidades, sobre todo a los que aún no la conocen y quedan estupefactos ante ciertos automatismos gráficos. Por ejemplo, mediante mi Olivetti M 24, con *hard disk*, puedo hacer que aparezcan en la pantalla los llamados "frattali", una geometría singular, muy bella; no sirve para nada, es cierto, pero produce un efecto extraordinario. Más aún: tengo un programa para hacer horóscopos y hasta el mapa estelar; las señoras enloquecen con él. Para los más racionalistas, tengo un programa que, en cambio, dibuja el cielo verdadero, el astronómico, en cualquier momento de la historia humana y en cualquier parte del mundo. Para los muchachos, tengo programas con juegos automáticos de ajedrez, bridge, damas, monopolios, *strip poker* y prácticamente todos los *videogames* conocidos. En fin, un *luna park* doméstico cuya inutilidad es manifiesta pero muy placentera. Ahora bien: ¿no ocurrió lo mismo con otros objetos del pasado? ¿No mostraban a los amigos pequeñas maravillas? Eso quiere decir que estamos en la variación, no en la novedad. Con la comodidad de que todo está allí, en un objeto que, a fin de cuentas, no estorba mucho.

Pero la cosa funciona también con los amigos "expertos". Cuántas veces nos encontramos con personas de todo tipo para "intercambiar programas" (como en las veladas en las cafeterías, después de escaparnos de novias y de esposas). Yo te doy este *data base* superperfeccionado, y tú me das el nuevo programa de escritura. ¿Ya viste este pequeño "sistema experto"? ¡Una obra maestra, te lo aseguro! ¿Y el *pcfile*? ¡Es más rápido! Ninguno de estos programas se usan efectivamente por parte de los usuarios individuales, pero es muy divertido tenerlos, intercambiarlos, discutir acerca de ellos. Casi casi nos sentimos técnicos de la IBM, de la Olivetti, de la Apple (no por nada empresas que le dan prestigio social a quien trabaja en ellas). Mi sueño consiste en insertar un buen día en mi *hard disk* toda la lista de mis diapositivas de cuadros, incluir las descripciones y luego darme el lujo de preguntarle a la computadora cosas como: "quiero la lista de todos los cuadros pintados entre 1478 y 1513, en los que aparezcan hojas de árbol redondas y rojas." Efectivamente, sé cómo hacerlo. Sin embargo, sería menester tres años de trabajo para incluir en la máquina todos los datos de base necesarios. También sé que nunca lo haré; pero ya tengo el programa.

Lo que tampoco cambia es el pleito. Pongamos por caso que sólo hay una *pc* en la familia, y que sabe usarla más de una persona. O se establece con toda claridad quién es el dueño, o sucederá lo mismo cuando se quiere seleccionar el canal de la televisión al estar varios familiares en casa. Es un lío. Otro tipo de pleito es el sentimental. En efecto, sucede a menudo que el macho chauvinista se enamora de su nueva máquina (una nueva pantalla a colores, una impresora nueva, un problema de programas), con una pasión más allá de lo lícito, y trata con indiferencia o distracción a su compañera (o a su compañero). Una tragedia. Nadie soporta ni acepta ser relegado a causa de un objeto. Todo sigue siendo igual. Recordemos aquella canción: "¿Por qué, por qué / los domingos me dejas siempre sola / y te vas a ver el partido de fútbol. . .?" Es la misma cosa, sólo que más tecnológica. Con un cariz más inteligente. Provoca menos sentimientos de culpa. Es más calvinista y neocapitalista; jugar con la computadora no sólo divierte sino también nos hace pensar que trabajamos.

He bromeado un poco, pero no demasiado. Lo que quiero decir es que la pregunta "¿qué es lo que no cambia con la computadora?" nos hace descubrir respuestas extraordinarias. Quizá no son inmensas y siderales como las Grandes Preguntas, pero son más interesantes. Por ejemplo, nos lleva a descubrir que la computadora, lejos de ser la extraordinaria novedad preconizada por todos, es ante todo una "transformadora" de gustos y comportamientos. Desde que ella existe pensamos en nuestro placer y en nuestra cotidianeidad no de manera distinta, sino sólo en una "forma" confortable y diferente. ♦

don
fa

Ciudad
15 de
Número
ISSN 01

Pr

O

a

pos

